



**DISCURSO DEL CJE EN LA CEREMONIA DE REACTIVACIÓN DEL R. A.
Nº1 “TACNA” E INAUGURACIÓN DEL CAMPO MILITAR “SAN
BERNARDO”, DEL “GENERAL DE EJÉRCITO CARLOS PRATS
GONZÁLEZ”**

San Bernardo, 5 de junio de 2009.

Nos encontramos esta mañana en el que será, a partir de hoy, el nuevo cuartel del Regimiento de Artillería Nº 1 “Tacna”, gloriosa unidad fundada en 1817 por el Padre de la Patria, Capitán General Don Bernardo O’Higgins Riquelme, en las puertas mismas de la independencia nacional; condición que le significaría a esta unidad contribuir a abrirlas definitivamente para felicidad de Chile.

Su origen se remonta al Decreto Nº 4206, que dispuso la organización de cuatro compañías de Artillería, con una fuerza de 280 plazas. En consecuencia, se puede decir que este regimiento se encuentra próximo a cumplir 200 años de vida al servicio del país. El “Tacna” es, ciertamente, uno de los regimientos más antiguos, queridos y gloriosos del Ejército chileno.

El regimiento lleva por nombre –desde 1898– el recuerdo de una de las batallas fundamentales de la Guerra del Pacífico, acaecida el 26 de mayo de 1880 en el Alto de la Alianza. Un triunfo que unió la victoria táctica con las repercusiones estratégicas, condicionando de manera determinante el subsiguiente curso del conflicto, al abandonar definitivamente la lucha uno de los valerosos vencidos.

Por su antigua existencia, al 1ero. de Artillería le ha correspondido participar en la mayoría de las acciones bélicas que ha enfrentado nuestro país. De ahí que su galería de comandantes exhiba, tanto insignes patriotas como sobresalientes soldados, de la talla de Joaquín Prieto Vial (Pdte. de la República desde 1831 a 1841), Manuel Blanco Encalada, Justo Arteaga Cuevas, Marcos Maturana del Campo, Erasmo Escala Arriagada, Emilio Sotomayor Baeza y Marco Aurelio Arriagada.

De sus 72 comandantes el regimiento ha entregado a la institución 31 generales; de éstos, 6 alcanzaron la Jefatura del Estado Mayor General, y 7 culminaron su carrera como Comandantes en Jefe del Ejército. El último de ellos será hoy merecidamente homenajeado.

En sus dilatados años de vida el “Tacna” ha experimentado variadas denominaciones y cambios en su estructura orgánica, ocupando cuarteles en las ciudades de Santiago, Concepción y Linares. Ha empleado material de artillería de diferentes características, desde los nobles cañones tractados por briosos corceles, con los que, victorioso, ingresó desfilando a la ciudad de los virreyes, hasta los modernos obuses M-101 de la actualidad.

A consecuencia del proceso de transformación y modernización que ha orientado la

racionalización de la estructura institucional, el Regimiento “Tacna” –reorganizado como Grupo de Artillería– se trasladó a la guarnición de Linares integrándose a la orgánica de la Escuela del Arma.

Últimamente, producto de una etapa depurada del mismo proceso y ante la necesidad de responder a readecuaciones de la estructura de la fuerza, se resolvieron nuevos cambios al despliegue institucional, en cuyo diseño cupo el traslado de la Escuela de Caballería Blindada a la guarnición de Iquique, y del Regimiento de Caballería Blindada N° 1 “Granaderos” –que hasta hace poco ocupó este cuartel– a la ciudad de Quillota. Es en este contexto que hoy se reactiva y reinstala el Regimiento de Artillería N° 1 “Tacna” en la Guarnición de San Bernardo.

Dichos cambios generaron las condiciones para centralizar en un sólo recinto militar diferentes unidades de distintas características. Esta situación ha traído como consecuencia que hoy también inauguramos el Campo Militar “San Bernardo”. En él se amalgaman las tradiciones y prestigio del regimiento “Tacna”, parte de los medios del Regimiento “Granaderos” que asumen la representación protocolar en la Guarnición Ejército de la Región Metropolitana, y la Batería Histórica de Artillería.

Se ha elegido la ciudad de San Bernardo por su histórica relación con las tradiciones militares, la que se encuentra ligada desde tiempos prehispanicos hasta el presente, a la actividad castrense.

Hoy ha quedado sellado un nuevo referente de amistad cívica entre San Bernardo y el Ejército, al ser distinguido el regimiento “Tacna” con su flamante Estandarte de Combate, que la comunidad de la ciudad resolvió entregar en esta ceremonia. Desde ya le manifiesto a la alcaldesa, Sra. Nora Cuevas Contreras, nuestra gratitud por esta loable iniciativa. Ahora le corresponde a este glorioso regimiento el compromiso de honrar y custodiar esta sagrada enseña patria.

Distinguidas autoridades, señoras y señores:

Ha sido característico en las previsiones del desarrollo de la fuerza, recoger el legado profesional de destacados comandantes, asignándole a sucesivos campos militares el nombre patronímico de alguno de esos meritorios soldados. Ellos son el Campo Militar La Reina, del General René Schneider Chereau, el Campo Militar Peñalolén, del General Óscar Izurieta Molina, el Campo Militar Valdivia, del General Alfonso Cañas Ruiz-Tagle, el Campo Militar Peldehue, del General Óscar Escudero Otárola, y el Campo Militar Punta Arenas, del General Ramón Cañas Montalva.

El tributo que se les hace a estos destacados generales permite acercar la historia y reconocer sus méritos humanos y militares, así como su contribución al progreso y desarrollo institucionales. Ninguno es comparable con otro en sus logros. Cada uno de ellos

debió actuar dentro de marcos sociales, políticos y económicos muy disímiles. Fueron producto de sus respectivas épocas, y procedieron en consecuencia, conforme sus convicciones.

Puesto en ese contexto, al inaugurar hoy el Campo Militar “San Bernardo”, el Ejército chileno desea rendir homenaje a la destacada trayectoria profesional de uno de sus Comandantes en Jefe, el General de Ejército Don Carlos Prats González, quedando inscrito su nombre como patronímico de esta nueva instalación militar, de signo artillero –como el mismo lo fue–, en reconocimiento a su obra y quehacer militares, que lo llevaron a ser investido como la máxima autoridad institucional.

La persona y actuaciones del General Prats son bien conocidas, principalmente por aquella parte de la sociedad chilena que vivió su tiempo, especialmente las turbulencias políticas e institucionales de inicios de la década del '70, que hubo de sortear a costa de sacrificios, incomprensiones y acerbas críticas que, finalmente, fueron configurando respecto de él opiniones a veces diametralmente opuestas, según fuera la posición de los observadores de los acontecimientos de dicha época.

No obstante, para las nuevas generaciones de militares la figura del General Prats continúa siendo una incógnita, a la cual se acercan a través de relatos orales cargados de juicios de valor –que perpetúan las pretéritas disputas–, o bien leyendo crónicas o libros que dan cuenta de las vicisitudes de su período de comandante en jefe, ministro del Interior, de Defensa y Vicepresidente de la República. Otros, más inquietos intelectualmente, hurgan en sus MEMORIAS “Testimonio de un soldado” para adentrarse en las aristas de su recia personalidad y desentrañar su pensamiento, ideales y visión de un Ejército al que llegó a comandar por indiscutibles méritos y conocimientos profesionales que, desde su ingreso a la institución, lo destacaban entre sus pares.

Hoy, transcurridos treinta y cinco años del tiempo que marcó el final de su fructífera vida, invito a todos los presentes a recordar partes de su fecunda existencia, como asimismo los trágicos avatares que condujeron a su ominosa muerte en Buenos Aires, junto a su distinguida esposa, Sra. Sofía Cuthbert de Prats.

Mi mensaje va dirigido particularmente a mis camaradas más jóvenes; a la tropa que desde hoy recorrerá este campo militar bajo la ilustre tutela de su patronímico. También a mis compatriotas, que observan al Ejército chileno –con justo derecho– como algo que les es propio, como una institución que les pertenece desde siempre. Mis palabras dan cuenta, además, de los esfuerzos que sostenidamente hemos venido haciendo para contribuir a la cohesión social y a la paz interna del país.

Este acto no pretende rescribir la historia; tampoco darle interpretaciones antojadizas. Estoy frente a ustedes para honrar a un distinguido antecesor en el cargo de comandante en jefe del Ejército, cuyo recuerdo ha estado largamente ausente en los cuarteles militares.

No vengo a señalar nuevos héroes ni nuevos paradigmas, como tampoco a estigmatizar a unos para sobreponer a otros; nada más alejado del propósito que hoy nos reúne. Vengo sí a cumplir con un compromiso con la verdad, tal como ella se nos devela luego del reparador bálsamo del tiempo.

Esta ceremonia se enmarca precisamente dentro de la voluntad de cicatrizar toda herida interna –propia nuestra–, otorgándole la dignidad que le corresponde a un comandante en jefe. Culminamos aquí una compleja misión, que emprendieran mis dos antecesores, en un proceso que importó actos que tuvieron el propósito de iniciar y avanzar en la reconciliación de la institución, no sólo con la figura del General Prats, sino que también con sus hijas y familiares.

Hoy, en un nuevo y final paso, el Ejército chileno lo reivindica plenamente como jefe militar y soldado de excelencia.

Señoras y señores:

Es evidente que cuando nos referimos al General Prats existe en la sociedad civil y en el Ejército, la poderosa fuerza centrífuga que nos separa de su destacada calidad militar para llevarnos a entenderlo solo en referencia a los dos o tres últimos años de su carrera. No me parece justo que sobre este especial período –trascendente sí, como pocos– podamos construir el andamiaje de toda su vida. Quisiera hoy recordarla en breves trazos, que por cierto no pueden dar cuenta detallada de su pensar y de su actuar.

El General Carlos Prats nació en Talcahuano el dos de febrero de 1915. En 1931, a los 16 años, ingresa a la Escuela Militar, egresando tres años más tarde como Alférez del arma de Artillería, con la primera antigüedad de su promoción; lugar de privilegio que replicaría en todos los cursos que realizó.

Su primera destinación fue el Grupo de Artillería a Caballo N° 3 “Velásquez” en la ciudad de Concepción, iniciando ahí una prolongada y fructífera vida profesional. Más tarde se desempeñó como teniente instructor en los Grupos “Maturana” y “Salvo”.

Con el grado de capitán tiene la responsabilidad de asumir el mando de la Batería de Artillería de Alféreces de la Escuela Militar, entregándose por entero a la formación de los futuros oficiales de esta Arma, inspirado en principios morales, conocimientos de la técnica artillera, vocación y especial apego a la profesión militar.

En su vida personal, el general Prats fue un hombre con variados intereses. Practicaba esgrima y equitación y gustaba de la lectura, siendo frecuente encontrar artículos de índole militar escritos por él.

En el plano privado, a fines de 1944 contrajo matrimonio con la Srta. Sofía Cuthbert Chiarleoni. Fue padre ejemplar y solícito de tres hijas: Sofía, María Angélica y Cecilia. Su hogar se constituyó en la sencillez de la vida militar, modelada –como siempre– por el ahorro, la moderación y el decoro.

Ingresó como alumno a la Academia Guerra, graduándose como oficial de Estado Mayor con la primera antigüedad. Luego obtuvo su título de Profesor de Academia en las asignaturas de Servicio de Estado Mayor, Historia Militar y Estrategia, y Logística.

La docencia fue una de sus vocaciones permanentes, siendo la dedicación al estudio una constante en su vida. En esa calidad ejerce como profesor en diversos institutos de formación, culminando como Jefe del Departamento de Historia Militar y Estrategia de la Academia de Guerra, dejando plasmado en el reglamento de estrategia de la época sus importantes aportes en el campo de la conducción de la Unidad de Teatro de Operaciones.

Sus capacidades quedaron nuevamente en evidencia al graduarse con honores en la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de los Estados Unidos de América, en Fort Leavenworth. Después pasó a desempeñarse en el escalón ministerial, cumpliendo funciones como Ayudante del Ministro de Defensa y Jefe de la Sección Confidencial en la Subsecretaría de Guerra.

Con todo, el mando de tropas, su principal vocación, nunca le fue esquivo. Se desempeñó, primero, como Comandante del Grupo de Artillería del Regimiento “Tacna”, y con posterioridad, Comandante del Regimiento de Artillería N° 3 “Chorrillos”, en la ciudad de Talca, donde su actuar prudente y profesional le granjearon el aprecio de sus subalternos y de la comunidad talquina, que lo despide con grandes muestras de cariño.

Su destacado trabajo es premiado con un segundo mando, al ser designado en 1963 comandante del número uno de artillería, su querido “Tacna”; cargo en el cual le corresponde asumir la transformación de la unidad, de hipomóvil con ganado y piezas Krupp, a unidad motorizada, dotada de modernos vehículos para la época, junto a los obuses de 105 milímetros N.A.

Durante su desempeño como Agregado Militar a la Embajada de Chile en Argentina sobresale por su moderación y capacidad de análisis, así como por un excelente nivel de relaciones con el Alto Mando del país trasandino.

De regreso a la patria, asume el cargo de Director de Operaciones del Estado Mayor General del Ejército. Es allí donde se consolida la figura del hábil pensador político–estratégico, desarrollando diversos estudios en aspectos doctrinarios, operativos, administrativos y logísticos.

Al ascender a General de Brigada es nombrado como comandante en jefe de la III División

de Ejército, con asiento en la ciudad de Concepción, en momentos que Chile ya empezaba a asistir a graves sucesos de enemistad cívica y militar.

Al asumir el General René Schneider como Comandante en Jefe del Ejército, el General Prats es designado Jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Desde ese cargo su gestión se distinguió por trabajar en beneficio de una organización de la defensa más dinámica y conjunta; por fomentar una mayor eficiencia al Servicio Militar; por propiciar la necesidad de incorporar a las Fuerzas Armadas en tareas de participación en el desarrollo nacional; y por incentivar la colonización de territorios no consolidados.

Ante el repudiable asesinato del General Schneider, es nombrado Comandante en Jefe del Ejército el 26 de octubre de 1970. Una de sus primeras actividades fue la difusión de la circular “Definición de la Doctrina Institucional”; documento que ratificaba la línea de conducta institucional en las últimas décadas, reiterando la función profesional del Ejército y la no deliberación frente a las alternativas políticas de la época. No obstante, su mando sería dificultoso, ya que las fuerzas políticas enfrentadas exacerbaban la lucha partidista.

A pesar de todo, condujo la institución con serenidad, inteligencia y visión de futuro, concibiendo el Plan Regulador de la Organización de Paz del Ejército; documento destinado a acrecentar las capacidades operativas en el período 1971–1976. Las presunciones básicas del plan consideraban necesario el aumento de las dotaciones de oficiales, de suboficiales y el incremento anual de la conscripción, así como la expansión de la red de infraestructura militar y social.

En ese período se estructura el Comando de Fabricaciones Militares y se incrementa la Aviación Ejército con la llegada de los primeros helicópteros de transporte; se inicia la construcción del Campo Militar de Punta Arenas y se entregan nuevas dependencias a la Escuela Militar.

Por otra parte, durante su gestión se logró aprobar varias leyes que iban en directo beneficio del personal; entre ellas, el derecho a voto de los suboficiales y clases. Se le reconoce también como el gran impulsor de la reforma que modifica el artículo 22 de la Constitución Política de la República, vigente en ese momento, estableciéndose que las FF.AA. son “profesionales, disciplinadas, jerarquizadas, obedientes y no deliberantes” (Ley N° 17.398, del 9 de enero de 1971).

Su preocupación por el bienestar del personal y su grupo familiar lo llevó a dar inicio a los proyectos de construcción de las villas militares del Este y del Oeste, entregando una importante solución habitacional al personal de la guarnición de Santiago. De igual forma, se iniciaron los trabajos tendentes a levantar el ala norte del antiguo Hospital Militar, así como la modernización del Instituto Geográfico Militar.

Mientras su fructífera conducción de mando avanzaba, la situación política y la convivencia

interna seguían deteriorándose aceleradamente, viviendo el país un prolongado paro nacional que afectaría seriamente su ya frágil economía.

A petición del Presidente de la República el General Prats, en conjunto con los demás Comandantes en Jefes y el General Director de Carabineros, debió asumir funciones gubernamentales. De este modo, sucesivamente, entre 1972 y 1973, pasó a ocupar las carteras de Interior y de Defensa, e incluso la Vicepresidencia de la República.

Es legítimo pensar que al entrar a formar parte del gabinete ministerial el General Prats abrigara la esperanza de poder ayudar a solucionar una situación que visualizaba perjudicial para el país, como era un muy probable enfrentamiento violento entre chilenos.

Es muy factible, también, que su fina percepción de la realidad lo llevara, el 23 de agosto de 1973, a solicitar su retiro absoluto de las filas del Ejército, evitando, según sus propias palabras, “constituirse en un factor de quiebre de la disciplina institucional y de la dislocación del Estado de Derecho”. Siguió de este modo el ejemplo de los militares de honor; no se aferró a su cargo y resignó el mando en jefe, a pesar que podría haber resistido las presiones que desde el interior de la institución se generaban. Nadie podría negarle este gesto.

¡Lo tuvo todo en el Ejército, y lo perdió todo en el Ejército, por honor!

Esa determinación realza su condición humana, su pundonor de soldado y su entrañable amor por su patria; principios que supo preservar en un período excepcional de la vida de nuestra nación.

Gran parte del juzgamiento político y militar, sino todo, que se le ha hecho al General Prats se basa en su decisión de aceptar –junto a sus homólogos de las otras ramas de la defensa nacional– la petición del Ejecutivo de sumarse al gabinete denominado de “paz social”, para poner coto a la “pugna frenética” –en sus propias palabras– con que él describía la situación nacional.

Creo que el General Prats no era un soñador o un idealista consumado; era más bien un hombre realista, reflexivo, metódico y racional; pero, por sobre todo, era un soldado que pretendió dar sustento a un gobierno muy debilitado, y principalmente, evitar al máximo una confrontación fratricida de insospechadas consecuencias para Chile. Es en ese contexto donde hay que entender los errores que pudo haber cometido en el desempeño del cargo político asignado.

Sin embargo, no nos olvidemos que unos y otros aplaudieron su nombramiento. No resulta aventurado decir que oficialismo y oposición lo vieron como una solución para alcanzar sus propios fines. De este modo el comandante en jefe del Ejército se vio envuelto –lo que

nunca debió ocurrir— entre dos grandes fuerzas antagónicas, que reclamaban para sí la legitimidad de sus propósitos, negándosela al adversario político.

Adicionalmente, este conflicto interno se desarrollaba dentro del marco más amplio y global de la Guerra Fría, en que los distintos sectores eran, a su vez, instrumentos voluntarios o involuntarios de las potencias en su lucha por la hegemonía mundial. Esta visión no puede perderse de vista, porque ella nos deja en condición marginal de una contienda mayor en la cual todos fuimos víctimas.

En esta disyuntiva, que se vio forzado a enfrentar, no parece justo que al General Prats se le juzgue en solitario por su papel en la crisis de 1973. Tendemos fácilmente a olvidar que ingresó al gabinete ministerial en 1972 —en conjunto con los otros comandantes en jefe y el General Director de Carabineros—, porque estimó que no había otra solución responsable, y porque Chile lo demandaba. De hecho, asumido este gabinete, el país empezó a vivir un tiempo de mayor normalidad que parecía promisorio; lamentablemente no concluyó así.

El General Prats debió sufrir la frustración de no poder poner atajo a una situación que excedía sus capacidades y atribuciones. Una vorágine de dramáticos hechos lo llevó finalmente a presentar su renuncia indeclinable al cargo.

Retirado ya para el 11 de septiembre de 1973 escribe ese día en su diario una penetrante interrogante, que hasta hoy no tiene respuesta. Es como un áspero grito lanzado a las conciencias de todos los chilenos: “¿Por qué los demócratas sinceros del gobierno y los de la oposición no fueron capaces de divisar el abismo a que se precipitaba el país?”.

El 15 de septiembre de 1973 abandona Chile para radicarse en la ciudad de Buenos Aires. Lo acompañaría después la compañera de toda una vida, su esposa Sofía. A las nueve de la mañana cruza la cordillera en dirección al vecino país. Entendía que su permanencia en Chile era incómoda para las nuevas autoridades. No volvería con vida; tampoco su esposa. Ambos encontraron la muerte producto de un atentado terrorista en la capital argentina.

El General Prats fue condenado a un involuntario ostracismo. Sobre su persona comenzó a construirse una injusta historia, que el tiempo se encargó de alimentar generándole un daño que no merecía. A su despiadado asesinato se unió la sevicia de los autores, que en su insania ni siquiera respetaron la vida de la esposa del que querían eliminar. La señora Sofía jamás debió haber compartido tan trágico destino. No hubo piedad para ella, sentenciando con su muerte a la total orfandad a sus hijas.

El Ejército chileno, su comandante en jefe y los miles de hombres y mujeres que lo componen condenan públicamente la vileza de esta acción y repudian a los autores de tan deleznable crimen, así como a los indiferentes que no prestaron consuelo y apoyo a las hijas de un comandante en jefe asesinado.

De confirmarse, en sentencia ejecutoriada, la participación de ex militares en estos dos crímenes, se habría configurado un acto del mayor deshonor. Es más, si ya el atentado a la vida del General Prats sería un agravio al honor militar, la muerte de su esposa constituiría un ultraje a nuestra cultura militar y al concepto de familia que tanto valoramos.

Quiera Dios que los responsables de este oprobioso acto encuentren algún día la paz en sus espíritus. Espero también que, finalmente, la sociedad chilena y sus autoridades puedan pronto alcanzar los consensos necesarios para cerrar definitivamente ciertas heridas que aún dificultan la convivencia nacional.

Excelentísima señora Presidenta de la República, autoridades, invitados especiales, camaradas de armas, señoras y señores:

El Ejército se siente orgulloso de reactivar al Regimiento de Artillería N° 1 “Tacna”; unidad tan tradicional y querida de nuestra institución. Al contemplarlo en marcial formación, estoy seguro que muchos viejos artilleros –hoy aquí presentes– se emocionarán y sentirán profunda satisfacción al ver la determinación y profesionalismo de las nuevas y jóvenes generaciones de soldados, que asumen ahora la alta responsabilidad de seguir escribiendo la historia de casi dos centurias de este glorioso regimiento.

Parafraseando a nuestro homenajeado, en su intención original de titular sus memorias, puedo sostener que al constituirse hoy el Campo Militar “San Bernardo”, del General Carlos Prats González, la niebla sobre el campamento se ha disipado. Los cálidos rayos del sol inundan los armados pabellones del vivac y el rocío sobre las carpas se evapora. Un nuevo día surge para perpetuar en bronce el reconocimiento del Ejército a este distinguido soldado.

Agradecemos sinceramente la presencia de la Primera Mandataria y de todos aquellos que se suman a la cruzada de terminar con las divisiones en nuestro país. El Ejército, en cada acto que ha emprendido –¡de propia iniciativa!– para la reconciliación entre los chilenos, no ha estado movido por el afán de equilibrar hechos censurables del pasado con acciones del presente que los condenen. Como ya se entendía desde la antigüedad clásica, en una república bien organizada no se compensan los unos con las otras.

En el sentido anterior, reafirmo que al Ejército de los chilenos –en el umbral de su bicentenario– solo lo inspira el patriótico propósito de otorgar a la sociedad, a la cual se debe, seguridad, defensa y paz. Los invito, entonces, a que juntos renovemos nuestro compromiso con Chile; con toda su historia, con sus triunfos y fracasos; pero, fundamentalmente, con la unidad para enfrentar con éxito la grandeza de su futuro.

¡Muchas gracias!